

EL MUNDO

Lunes, 1 de mayo de 2006. Año XVIII. Número: 5.981.

CULTURA

Cómo Hitler hizo 'nazi' a Beethoven

Una exposición, que viajará a La Pedrera de Barcelona, repasa en Berlín el uso que el Tercer Reich hizo de la música clásica y la ópera

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

BERLIN.- Deleitarse con las óperas de Richard Wagner sin experimentar un regusto amargo no es fácil para un alemán. Ahí quedan los congresos del partido de Adolf Hitler en Núremberg, con las marchas wagnerianas de fondo, o las visitas de la elite nazi a los Festivales de Bayreuth. ¿Cómo olvidar que el Tercer Reich convirtió a Richard Wagner y a Ludwig van Beethoven en la quintaesencia del espíritu germánico?

Los ideólogos del nacionalsocialismo se empeñaron en reescribir la historia de las artes, y por ende también de la música, al servicio de su poder. Bach o Händel fueron declarados patriarcas de la música teutona, Ludwig van Beethoven y Antón Bruckner, elevados a héroes nacionales, y Wagner, convertido directamente en icono de la patria, mientras se borraban con alevosía las huellas de cualquier compositor judío, y toda influencia expresionista o abstracta era tachada de entartet -algo así como decadente- lo que venía a suponer su sentencia de muerte.

Callar o colaborar

A medida que Adolf Hitler se acomoda en el poder, se desvanecen las esperanzas de muchos artistas, que acaban optando por el exilio. Los que quedan callan o colaboran. Como Elly Ney o Wilhelm Furtwängler, los directores musicales, que se plegaron a los deseos del régimen nazi.

Pero el hecho de que Hitler fuera un entusiasta de la ópera, y que la exposición El Tercer Reich y la música -en el castillo de Neuhardenberg, en las afueras de Berlín- repase el uso que de la música hicieron Hitler y Goebbels, no impide que una salga tatareando Das ist die Berliner Luft, Luft, Luft, el Lied satírico que Paul Lincke le dedica al límpido aire berlinés. Y es que la música puede ser también opio para el pueblo, como queda reflejado en esta muestra que viajará en febrero del año próximo hasta La Pedrera, en Barcelona.

Más de 200 partituras, carteles publicitarios, fotografías y sobre todo documentos sonoros repasan desde la música más kitsch de la época destinada al esparcimiento hasta las arias de la Tetralogía de Wagner. La chanson a finales de los 30 cumplía con fines propagandísticos. Los nacionalsocialistas se sirvieron de las carismáticas Marlene Dietrich o Zarah Leander para imprimir ese toque ligero -el aquí no pasa nada- a la creciente industria cinematográfica y la cultura popular. Aunque para Hitler la esencia de la fuerza y el poder del Tercer Reich estaban en la grandiosidad de El Mesías de Händel, del Carmina Burana de Carl Orff -¿a quién no subyugan esos coros?- o los compases de Richard Strauss.

Mientras los rostros felices de las chicas de las organizaciones nazis pretendían difundir optimismo, existía otra realidad, la de la comunidad judía, que paso a paso iba siendo extinguida de la vida cultural. Las obras de Offenbach, Mendelssohn, Bartholdy o Gustav Mahler desaparecieron progresivamente de los

repertorios musicales. Y en lo que respecta a los compositores judíos de la época, primero fueron constreñidos a asociaciones propias, que con la puesta en marcha de la solución final acabarían siendo disueltas.

En Theresienstadt (60 kilómetros al norte de Polonia), que hizo las veces de campo modélico, fueron reclusos artistas e intelectuales que, como el checo Max Placek, y pese a su delicado estado de salud, siguió componiendo mientras pudo. En clave operística, denuncia la disciplina militar a la que estaban sujetos, en el marco de los actos culturales que el régimen nazi organizaba de cara a la galería, en este campo de concentración que no era más que otra antesala de Auschwitz.

Ya fuera música marcial, ya se tratara de himnos nacionales, ya fuera el Lied, la maquinaria propagandística nazi supo aprovechar la radio como instrumento de difusión. Un enorme cuadro bajo el título de Habla el Führer nos devuelve la imagen de la familia alemana, congregada alrededor de este aparato de comunicación, que escupía los discursos de su líder.

A medida que se avecinaba la catástrofe, la capitulación nazi, más marchas y música ligera se difundían a través de las ondas para tranquilizar los ánimos. Porque Hitler seguía empeñado en construir su Alemania, apoyándose en el legado de los grandes maestros musicales, pero hacía oídos sordos a los compases que, cada vez más fuerte, exigían la rendición.

© Mundinteractivos, S.A.